

Entrevista

«El 7 de abril de 1963 fue Domingo de Ramos, pero ni el domingo ni los ramos impidieron que fueran asesinados dos frailes y un boticario».

Así comienza la trepidante novela de Alfredo F. Alameda, un villalbino de corazón, que el día 4 de octubre, a las 19:00 h., presenta ***El Diablo de la Guarda***, en la biblioteca Miguel Hernández, de Villalba.

Le pregunto:

—¿Por qué has elegido Villalba para presentar tu novela?

—Tú lo has dicho al principio, Alberto, porque llevo a Villalba en el corazón.

—Pero... tú no has nacido aquí..

—No. Llegué a Villalba en 1954. Mi padre era ferroviario y se instaló en Villalba con la familia.

—¿Qué edad tenías entonces?

—Seis años. Empecé la etapa escolar con la señorita Maruja. Seguro que hay muchos villalbinos que sabrán de quién hablo. De ahí pasé a la clase de don Joaquín, que por cierto era vecino mío, y después al grupo escolar

con don Rafael, don Amador y, finalmente, don José.

—¿Dónde vivías?

—En la calle Trinidad, en una de las casas de Cisneros que se llamaba Villa Mati, que luego derribaron para poner un bingo; y Don Joaquín, a la vuelta, en la calle de la Fuente.

—¿Cómo era Villalba en aquellos años?

—La primera impresión que le produjo a aquel niño que venía de vivir en el centro de Soria, fue atroz. Calles estrechas y embarradas, casas bajas con desnutridos muros sin enfoscar, enseñando impúdicamente los ladrillos y gente pueblerina de aspecto humilde.

—¿Cuándo te entró el amor por nuestro pueblo?

—Cuando empecé a perderlo. Al terminar el curso con don José, que era el de los mayores, mis padres me llevaron al colegio salesiano San Miguel Arcángel, en Madrid, para hacer el bachillerato. Al principio iba yo solo, porque ellos tardaron un año más en instalarse en la capital. Tomaba el tren hasta la estación del Norte y allí el tranvía 35 que me dejaba en el paseo de Extremadura. Once años contaba entonces. Ahí empecé a perder a mi Villalba. Oí decir a mi madre que durante mucho tiempo, viviendo ya en Madrid, estuvieron preocupados por mi

actitud, pues al parecer el cambió me afectó
sobremanera. Lo que recuerdo es que tan pronto se
presentaba la ocasión huía del asfalto y me escapaba a
la Casa de Campo, aprovechando su cercanía. Y cada
domingo (si estaba libre de castigo o tarea religiosa en el
colegio) regresaba a *mi pueblo*. Pero poco a poco se
fueron espaciando aquellos viajes, porque los estudios
requerían cada vez más tiempo.

**—¿Cómo era la vida de un niño en aquellos años
cincuenta?**

—Cada día prometía una aventura. Nuestros juguetes
eran, según época del año, el peón, las canicas, las
chapas, los cromos y sobre todo el campo. En el campo
éramos libres y felices. El campo ofrecía todo cuanto
podíamos desear: cazar lagartos, conejos, perdices...
Asaltar nidos, buscar escondrijos, espiar a las parejas de
novios, que oficiaban al amparo de la oscuridad, tras
haber roto la bombilla del poste de la luz, para que luego
el guardia Mendoza nos echase la culpa a nosotros.
Para las guerras, construíamos prodigiosos arcos con
ramas de fresno (que eran las mejores) y soberbias
espadas, con listones que afanábamos en la fabrica de
maderas. Era proverbial nuestra destreza con el tirador.

(Tirachinas lo llamaban en Madrid, con el amanerado decir de los chicos capitalinos).

Si bien fue enormemente enriquecedora aquella época, también se cobró su tributo en forma de roturas de huesos, heridas de *armas* o de alguna pedrada... Y el más dramático: la muerte de cuatro compañeros envenenados por comer cicuta. Se libró Benigno (orejas de soplillo), el hijo del peluquero, porque no le gustaba el dulce. La verdad es que comíamos cualquier cosa del campo, aconsejados mayormente por otros colegas: acederas, tallos, niscalos, moras, majuelas, bellotas, pan y quesillo...

—Tengo noticia de aquella tragedia, que conmovió a todo Villalba. Un acontecimiento terrible.

Y del colegio, ¿qué recuerdas?

—Guardo agradecimiento a aquellos maestros, porque a pesar de la escasez de medios, hacían con enorme dignidad su trabajo. De hecho, cuando hice el examen de Ingreso en el colegio de Madrid, iba tan bien preparado que saqué el número dos. Cantábamos el *Cara al sol* al iniciar cada día la clase y después rezábamos. O tal fuese al revés... Recuerdo el frío de las mañanas, que casi nos impedía sujetar el palillero entre los dedos, y el

tintero de loza inserto en cada pupitre, y la estufa, que los propios alumnos teníamos que encender por turno cada mañana, y las raciones de queso americano y leche en polvo que el gobierno estadounidense mandaba a España para paliar la malnutrición de niños. También conservo algún mal recuerdo, como el del cura don Manuel, que nos proyectaba diapositivas de almas en el purgatorio sufriendo terribles torturas y después atemorizaba con el infierno a aquellos que estuviesen en pecado mortal. Algunos compañeros quedaban tan impresionados que no querían regresar a casa antes de pasar por el confesionario. Pero la mayoría, tan pronto abandonábamos el aula, corríamos a bañarnos en *El Charco de las Yeguas* o en *El Contrapeso*, olvidando todas aquellas patrañas.

—Pero a pesar de todo, eráis felices.

—Lo éramos. Sabíamos protegernos de los adultos, a los que mentíamos como bellacos, para sobrevivir entre tanta represión (y de las no pocas fechorías que cometíamos, claro), sin embargo entre nosotros manteníamos un código de lealtad y valentía, que pocos rompían: «antes morir que delatar a un colega», aunque no fuese del barrio.

—Pues muchas gracias por tus palabras, Alfredo, te deseo que tengas mucho éxito con tu novela.

—Gracias a ti, Alberto.